

EL PAULINISMO DE SAN JUAN DE ÁVILA

Manuel Ruiz Jurado sj

Sumario: El autor hace un resumen, al comienzo, sobre la situación de los comentarios al paulinismo de san Juan de Ávila, para distinguir la aportación más detenida del suyo. Basado en la historia del nuevo doctor de la Iglesia, y en su experiencia de Cristo en la cárcel de Sevilla, traza su semejanza con san Pablo, para profundizar en la síntesis de teología espiritual que afronta Ávila en su "Audi, filia" y en su predicación y cartas, fundamentada en su conocimiento de la doctrina de san Pablo. En el conjunto, este artículo expone cómo ha logrado san Juan de Ávila dar una expresión personal a la teología de san Pablo en su sistema de vida espiritual.

Summary: The author, at the beginning, presents a summary of the situation of the commentaries on the paulinism of Saint John of Ávila, so as to distinguish the more lengthy contribution of his own study. Based on the history of the new doctor of the Church, and on the saint's experience of Christ in the prison of Seville, he outlines his resemblance to Saint Paul, in order to delve deeper in the synthesis of the spiritual theology confronted by Ávila in his "Audi Filia", and on his sermons and letters, based on his knowledge of Saint Paul's doctrine. On the whole, this article expounds how Saint John of Ávila has succeeded in giving a personal interpretation to Saint Paul's theology in his system of spiritual life.

Palabras clave: Juan de Ávila, paulinismo, teología espiritual, Cristo.

Key words: John of Ávila, paulinism, spiritual theology, Christ.

Fecha de recepción: 19 julio de 2013

Fecha de aceptación y versión final: 30 septiembre de 2013

1. Introducción

Cualquier teólogo que haya leído seriamente a san Juan de Ávila tiene que darse cuenta de la inspiración y simpatía paulina del nuevo santo doctor de la Iglesia. Han sido ya varios los trabajos dedicados exclusivamente a tratar este tema. Se ocupan de él con frecuencia, con más o menos atención a profundizarlo, varios de sus biógrafos mayores; pero han dedicado su atención a estudios específicos sobre el paulinismo de san Juan de Ávila los PP. Álvaro Huerga O.P., Ricardo García Villoslada S.I. y el sacerdote D. Luis Marcos.

El primero¹ pone de relieve la semejanza de Ávila con san Pablo en su actitud ante la predicación. Y con más amplias perspectivas insistirá, más tarde², en presentar alguna afinidad de san Juan de Ávila con san Pablo en la oposición al tipo especial de racismo, que el autor encuentra en “la pureza de sangre” del siglo XVI español, y en la oposición de san Pablo a la interpretación judía de la ley. Muestra además la afinidad entre el espíritu reformador de la Iglesia y su celo por la santidad sacerdotal en Ávila, y el celo apostólico de san Pablo por presentar a la Iglesia pura y sin mancha ante Jesucristo. Insistiendo finalmente, de nuevo, en el intenso sentido de paternidad espiritual de ambos con respecto a los conducidos a Cristo por su trato y predicación.

García Villoslada³ ve el paulinismo desde el punto de vista de la ascendencia hebrea de Ávila y Saulo de Tarso y demuestra la semejanza de la posición histórica de ambos en el tiempo religioso en que les tocó vivir. D. Luis Marcos⁴ se extiende más detalladamente en el influjo paulino sobre la doctrina avilista del Cuerpo Místico de Cristo, aunque hace referencia a diversos temas teológicos en los que Ávila muestra su posición doctrinal coincidente con la de san Pablo por influjo directo o indirecto de las cartas de san Pablo. El sacerdote valenciano Arturo Llin, en las páginas dedicadas al influjo paulino en su reciente biografía de San Juan de Ávila, abre el abanico de los influjos ordinariamente reconocidos como paulinos: la justificación, la acción del Espíritu Santo, el misterio de Cristo en la Cruz, el sacerdocio, la Iglesia, la perfección cristiana, el biblismo del humanismo renacentista filtrado a través del influjo recibido de Alcalá y de Santo Tomás de Aquino.⁵

Sea Pablo VI, en la bula de canonización y en la homilía de la misa de esa fecha (1970), que Benedicto XVI, al declararlo Doctor de la Iglesia (2012), prestan particular atención al influjo real de san Pablo en la persona y en la doctrina de san Juan de Ávila.⁶

De todos estos trabajos pienso servirme para reafirmarlos y profundizar en las pistas por ellos indicadas, para insistir en lo que me parece haber sido el influjo más radical de san Pablo en el nuevo doctor de la Iglesia. Partiré de su historia para abrir mi consideración a los diversos aspectos del misterio de Cristo que van a calificar profundamente la doctrina teológica y espiritual de san Pablo, con una elaboración personal de Ávila en el campo de la teología espiritual.

¹ A. HUERGA, “El Beato Ávila, imitador de san Pablo”: *Teología espiritual* 9 (1965) 247-291.

² A. HUERGA, “Affinità tra san Paolo e san Giovanni d’Avila”: *Renovatio* 3 (1971) 63-79.

³ R. GARCÍA VILLOSLADA, “El paulinismo de san Juan de Ávila”: *Gregorianum* 51 (1970) 615-647.

⁴ LUIS M. MARCOS FERNÁNDEZ-BOBADILLA, “La doctrina del Cuerpo Místico en el B. Juan de Ávila”: *Revista Española de Teología* 3 (1943) 309-345.

⁵ A. LLIN CHÁFER, *San Juan de Ávila Doctor de la Evangelización*, Facultad de Teología san Vicente Ferrer, Valencia 2013, 153-175.

⁶ Pablo VI afirma en la bula de canonización de san Juan de Ávila, que “a semejanza de san Pablo, con quien le unía admirablemente su estirpe, temperamento y habilidad, fue con toda verdad un apóstol, o como dice la historia, ‘una clara imagen de la predicación evangélica’ y al mismo tiempo ‘una copia fiel del santo apóstol’”, n.12. Benedicto XVI repite esta última expresión referida a san Juan de Ávila y afirma que “san Pablo es el (autor) más recurrido” en sus citas del Nuevo Testamento: Carta Apostólica “Caritas Christi urget nos”, n.8.

2. La estirpe y temperamento

Es clara la semejanza de Juan de Ávila con san Pablo por su estirpe, su temperamento y su dinamismo apostólico. Son varias las ocasiones en que manifiesta su disgusto por las dificultades que encontraban algunos de sus discípulos de ascendencia judía para encontrarse plenamente acogidos en su vocación sacerdotal y apostólica en la España de su tiempo⁷. Su simpatía por los judío-cristianos es evidente, aunque para él no suponga acepción de personas. Su temperamento ardiente los asemeja; el radicalismo de su entrega de amor a Cristo y su extraordinario dinamismo apostólico nacieron en Ávila como en san Pablo, de un encuentro muy personal con Cristo y de una respuesta de amor y agradecimiento al misterio de Cristo.

Pablo VI dice de él, como he dicho ya, en la bula de canonización que Juan de Ávila es “una clara imagen de la predicación evangélica” de san Pablo y “una copia fiel del santo apóstol” (n.12). Y al comentar en la homilía de esa fiesta sus características de apóstol destaca ante todo: “Tiene fe en su elección sacerdotal... El advierte profundamente que... la propia definición –llamémosla, si se quiere, sociológica– (del sacerdocio) le viene de ser siervo de Jesucristo y apóstol ‘Segregado para anunciar el Evangelio de Dios’ (Rom 1,1)” (31 de mayo 1970). Y es importante el comentario que añade, porque refiere la insistencia paulina a su actualidad postconciliar: “Cuando...tienden a cancelar esta ‘segregación’, a asimilar el estado eclesiástico al laico y profano y a justificar en el elegido la experiencia de la vida mundana con el pretexto de que no debe ser menos que cualquier otro hombre, fácilmente llevan al elegido fuera de su camino y hacen del sacerdote un hombre cualquiera, una sal sin sabor, un inhábil para el sacrificio interior y un carente de poder de juicio, de palabra y de ejemplo propios de quien es un fuerte, puro y libre seguidor de Cristo” (*ibid.*). Ambos se consideraron plenamente “segregados para el Evangelio”.

En su ejemplar donación a Cristo, Ávila como san Pablo encontraron centuplicada su energía apostólica, la libertad y clarividencia de su predicación y de sus escritos. Como amaban sólo a Dios y la realización de su divina voluntad “segregados para el Evangelio de Cristo”, se preocupaban con todo entusiasmo de los hombres y sufrían por los que, convertidos a Cristo, habían de vivir rodeados de tantos peligros, y los consideraban “hijos de lágrimas” con un sentido extraordinario de paternidad espiritual.

Ambos extendían sus perspectiva a la universalidad de la obra salvífica de Cristo y deseaban superar toda frontera en la realización de su misión “caritas Christi urget nos” (2 Cor 5,14). Ambos deseaban llevar la misión de Cristo hasta el “finis terrae” de su tiempo: hasta España san Pablo, hasta América san Juan de Ávila.

3. La experiencia espiritual de Cristo en san Pablo

Que la vida y actividad de san Pablo son inexplicables sin su experiencia espiritual personalísima de Cristo es algo evidente. Hasta poder decir de sí mismo Pablo de

⁷ Sus referencias a este tema aparecen repetidas veces en sus conversaciones y en su correspondencia con los jesuitas al tratarse de su entrada y de la de algunos de sus discípulos en la Compañía de Jesús.

Tarso: “Vivo yo, pero no yo, es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20). Su entrega personal incondicionada a Cristo nace tras el acontecimiento de Damasco y es inexplicable sin esa intervención extraordinaria de encuentro con Él, tan personal, que Pablo lo enumera entre las apariciones de Cristo resucitado a sus discípulos, cuya lista nos ofrece en 1Cor 15,1-8. Ciertamente, con la humildad de considerarse “abortivo” por haber sido un perseguidor encarnizado de los cristianos. Ese encuentro tuvo para él consecuencias tan impensables que cambió su pensamiento y su doctrina hasta límites inconcebibles en un judío íntegramente formado en un monoteísmo absoluto inconciliable, ante todo, con la divinidad de Cristo y con tantos otros puntos de su doctrina y actitud vital. Pero él mismo la considera una revelación de Dios y de su misterio, coincidente con la doctrina recibida de Cristo por los Apóstoles.

La experiencia espiritual de Cristo para san Pablo cambió su corazón, pero también su mente y su doctrina en un modo inexplicable humanamente. El amor de Cristo a Pablo, dando la vida en la cruz por salvarlo (manifestación de hasta dónde llega el amor de Dios Padre), será el motor insustituible de su vida y de todas sus empresas: “Vivo autem, iam non ego: vivit vero in me Christus...: in fide vivo Filii Dei, qui dilexit me et tradidit semetipsum pro me” (Gal 2,20) “Vivo yo, pero no yo, es Cristo quien vive en mí...: vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí”.

“Me amó y se entregó por mí”. Pablo vive porque por la fe en el Hijo de Dios ha muerto a la “ley”, porque ha sido crucificado juntamente con Cristo en la Cruz (Gal 2,19). A Él le debe la nueva vida que vive por la fe. Con una sabiduría nueva recibida por el don del Espíritu Santo, gracia debida a la crucifixión de Cristo, no a la observancia de la ley judía. Por eso no se gloriará en otra cosa que en Cristo y éste crucificado (cf 1Cor 2,2). Dios, se ha manifestado en la cruz de Cristo rico en misericordia. Salvado por ese misterio de amor divino, él indigno de ser llamado Apóstol, ha sido hecho ministro de la reconciliación (2 Cor 5,18), uno con Cristo en su muerte y en su resurrección, hijo adoptivo de Dios, habitado por el mismo Espíritu del Hijo, coheredero con Él, con Cristo resucitado (Rom 8,14-17), formando con Él místicamente un solo cuerpo (Col 3,15). Ha sido constituido un nuevo hombre, que ha de asemejarse a Cristo en su muerte para seguirlo en su resurrección (Rom 8,17). Ésa será la sabiduría con que se presentará en su predicación y doctrina: la sabiduría de Cristo crucificado. Consciente de que es contraria a la pretendida sabiduría de este mundo, sea de judíos que de griegos.

Pero podemos preguntarnos qué tiene que ver la experiencia paulina del misterio de Cristo vital y doctrinalmente con la de san Juan de Ávila.

4. La experiencia espiritual de Cristo en san Juan de Ávila

Uno de los primeros biógrafos de Ávila, el licenciado Muñoz llega a considerarlo tan imbuido del espíritu y doctrina paulina que, pensando de qué maestro se podría aprender paulinismo, llega a afirmar en su tiempo, que “...uno era el P. Maestro (a quien

habrían de acudir los hombres) y otro estaba por nacer”⁸. Y el mismo Ávila, cuando le preguntaron sus discípulos de dónde le venía aquel saber especial sobre Cristo del que rebosaba Pablo, respondió: “¿Y si vuestras mercedes estuvieran sentenciados a muerte con tres testigos contestes, como yo los tuve, entendieran muy bien a san Pablo?”⁹. Referencia a la gran gracia que consideraba haber recibido en la cárcel de la Inquisición en Sevilla, de la que escribe su biógrafo Fr. Luis de Granada, en su *Vida* (parte 2^a. Parr.6, f.49 r-v): “En este tiempo le hizo nuestro Señor una merced que él estimaba en gran precio, que fue darle un muy particular conocimiento del misterio de Cristo...”. Y a esa misma gracia alude Ávila en su carta a fr. Alonso de Vergara: “La Escritura Sagrada le digo que le da nuestro Señor a trueque de persecución... Si algo de ello Dios me dio (que sí dio), a trueque de eso me lo dio, y sin esto no aprovecha nada leer”.¹⁰

Javier Díaz Lorite ha advertido la importancia esencial de esta experiencia espiritual de Cristo en la cárcel de Sevilla para entender la vida, el apostolado y los escritos de san Juan de Ávila. Por ello se detiene a dedicarle abundantes páginas para describir esa experiencia crucial, en su reciente trabajo de tesis. Se concentra en el estudio de algunas oraciones contenidas en varias cartas (58 y 64) y en el *Audi, filia*, en los testimonios de la cartas 81 y 74, para encontrar el núcleo de la experiencia del amor de Dios, que es tema de su tesis, no en su afinidad con san Pablo o el influjo paulino en el Santo doctor. Todo centrado en la frase. “En la cruz me buscaste, me hallaste, me curaste y librate y me amaste”¹¹. Mas las consecuencias las expresa más bien en la consciencia del amor de Dios en Ávila, no tanto en las obras subsiguientes de la donación de Pablo a todo trabajo y sufrimiento por Cristo y por el Evangelio.¹²

Sabemos por Fr. Luis de Granada que al apreciar la gracia de la propia redención en Cristo crucificado quedaron en él grabados los “grandes motivos para amar, alegrarnos en Dios y padecer trabajos alegremente por su amor”¹³, esa sabiduría de Cristo crucificado contraria a la sabiduría mundana, en la que puso su cimiento apostólico como san Pablo. Así querrá Ávila a los sacerdotes de su escuela sacerdotal, enamorados de Cristo y de la Iglesia su Esposa, decididos a predicar en pobreza, sin buscar honores ni prebendas, con humildad y puesta su confianza en solo Cristo¹⁴.

Ávila había estudiado a san Pablo antes de ir a la prisión. Ávila era un entregado a Cristo en su vida sacerdotal. Pero el sufrir en sus carnes y en su alma, la soledad y la

⁸ L. MUÑOZ, *Vida*, lib.I, c.9.

⁹ Declaración del licenciado Bernabé de Ortigosa en el *Proceso de Jaén*, f.1115r.: SAN JUAN DE ÁVILA, *Obras completas* BAC Mayor 67, Madrid 2001, II, 12 nt.52. Citaremos *Obras*, seguido del vol. y la página correspondiente.

¹⁰ Carta 2.

¹¹ Carta 58, *Obras* IV, 269.

¹² F. JAVIER DÍAZ LORITE, *Experiencia del amor de Dios y plenitud del hombre en san Juan de Ávila*, Campillo Nevado, Madrid 2007, 65-115.

¹³ FR. LUIS DE GRANADA, *Vida del P. Mtro. Juan de Ávila*, parte 2^a, parr.6, f.49 r-v.

¹⁴ *Obras* I, 102-106; II, 488-489; *Mon. Nadal* I, 266-267.

pena de la cárcel, la reclusión, las injurias, las calumnias y la incomprensión, el deshonor y desconfianza causada a su obra por las acusaciones ante la Inquisición y la segregación consiguiente, es algo que necesita el recurso a su fe más profunda e iluminada en Cristo y a su oración más íntima. Es una situación nueva en la que Jesús le esperaba para hacerle sentir su presencia, su amor especial en la Cruz y la sabiduría especial contenida en ella, como base de toda existencia cristiana. El misterio de Cristo ha de vivirlo también en su Cuerpo que somos nosotros. El recuerdo de la vida y de la enseñanza paulina era posible, y probable en su situación vital. ¿Cómo no recordar en aquel momento la expresión paulina: “Adimpleo in corpore meo ea quae desunt passionum Christi (Col 1,24)? Y la iluminación y el consuelo de Dios llegarían a su alma para hacerle entender ese misterio en toda su trascendencia. La economía salvífica de la cruz corresponde al misterio de todo el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

Pablo había aprendido desde su conversión, en su encuentro con Cristo, que perseguir a los cristianos es perseguirle a Él. Los cristianos forman una unidad en el misterio total de Cristo. Cristo al incorporarnos a Él por el bautismo nos hace miembros de su Cuerpo que es la Iglesia. Por eso Pablo aprendió también que había que completar en su persona lo que falta a la pasión de Cristo en su cuerpo que es la Iglesia. Ávila pudo comprender mejor y sentir la especial gracia del amor de Cristo al redimirnos, curarnos y transformarnos, para que siguiéndole en la pena le podamos seguir también en la gloria. Que es una gracia especial poder participar con Cristo en sus afrentas, humillaciones, menosprecios, dolores, que estas realidades son una gracia de su amor: “la librea” de Cristo. Pues el Espíritu Santo que Él nos alcanzó con su redención es eso lo que quiere: hacer de nosotros una imagen del Hijo de Dios (Rom 8,28-30), revestirnos de Cristo aun interiormente. Por eso podrá enseñar precedido de su experiencia: “Después que su Hijo bendito fue atribulado, no quiere Dios ver a sus hijos de otra librea. (Quiere) ver en nosotros la imagen de su unigénito Hijo. Y así... mientras más padeciéremos, mejor pareceremos a Dios. Y no es mucho que el alma que desea parecer bien a Dios se ponga este afeite con que Dios se enamore de ella...”¹⁵.

Pienso que el recuerdo y la doctrina de san Pablo tienen que ver con esa experiencia nueva de Cristo en la vida de san Juan de Ávila y son estructuradoras de su personalidad más profunda en adelante.

4.1. *Lado iluminante: El esquema del “Audi, filia”*

Es efecto, en parte, de la alegría transcendente y la esperanza que concibió san Juan de Ávila en la cárcel de Sevilla. Se explica que aquí pudiera concebir el plan de su “Audi, filia”. Todo el esquema se ve condicionado por la frase escogida del salmo 44,11-12:

“Audi, filia,
et vide,

¹⁵ Carta 23: a una señora enferma, *Obras* IV, 146'147.

et inclina aurem tuam,
 et obliviscere populum tuum
 et domum patris tui,
 et concupiscet Rex decorem tuum.”

Pero se puede observar cómo Ávila flexibiliza la frase para encontrar la entrada a su plan de sabiduría de la cruz. El “audi” comprenderá no sólo lo que el alma ha de oír: el lenguaje de la fe (del Espíritu), sino ante todo lo que no ha de oír: el lenguaje de los enemigos de la vida en el Espíritu (mundo, carne y demonio).

Lo que ha de ver (“vide”) ha de ser

- con los ojos del cuerpo: insistiendo en la mirada espiritual, para que con el recogimiento y la mortificación de la vista, las criaturas no sean para el alma un obstáculo para ir a Dios, sino medio para pasar de ellas a Dios.
- Y con los ojos interiores del alma: para conocerse a sí mismo (su ser natural y su ser sobrenatural) y para conocer a Cristo y a los prójimos

Todo, por medio de la luz espiritual de la oración (insistiendo en la necesidad de la justificación y mediación de la pasión de Cristo, en la mortificación corporal y de las propias pasiones).

El “inclina aurem tuam” es un complemento del “audi”:

- inclinación positiva a escuchar la palabra de Dios en la Sagrada Escritura y en la enseñanza de la Iglesia católica
- negativa para rechazar los engaños del enemigo y de la soberbia
- siguiendo la dirección espiritual y el ejemplo y mediación de Cristo.

“Obliviscere domum tuam” se refiere al mundo del pecado y la vanidad de la nobleza del linaje humano y amor propio desordenado: olvidar el propio pueblo, para ser del pueblo de Dios

“et domum patris tui” es olvido de la casa de la propia y mala voluntad para darse a cumplir la divina.

La conclusión es clara: afirmación de la sabiduría divina de la cruz, contraria a la sabiduría mundana.

“Et concupiscet Rex decorem tuum”. El Rey codiciará su hermosura: la hermosura causada en el alma por haber transformado su ser en imagen del Cristo, el “ecce homo” a quien exhortaba Pilato a mirar sin comprender todo lo que decía; pero que el

alma, una vez lavada y rescatada y revestida de la imagen de Cristo, por haber sido transformada por Él (mirándolo, amándolo y siguiéndole), atrae las complacencias divinas.

Con razón podía decir su amigo y discípulo Fr. Luis de Granada que esta merced que Dios hizo a Juan de Ávila en la cárcel de Sevilla “fue darle un muy particular conocimiento del misterio de Cristo, esto es de la grandeza de esta gracia de nuestra redención y de los grandes tesoros que tenemos en Cristo para esperar y grandes motivos para amar, alegrarnos en Dios y padecer trabajos alegremente por su amor”¹⁶.

Podríamos decir que bajo la experiencia espiritual de Cristo en su prisión, y a la luz de la doctrina paulina encontró Ávila una nueva manera de exponer en el s. XVI la tradicional doctrina de las tres vías: purgativa, iluminativa y unitiva. Una síntesis semejante a la que san Ignacio de Loyola encontró en sus *Ejercicios espirituales* para quitar de sí toda afición desordenada y hallar la voluntad de Dios sobre la propia vida en la contemplación de Cristo. Una convicción más profunda de la transcendencia del misterio de Cristo crucificado, aplicable a la ordenación de toda criatura. Lo que el Concilio Vaticano II en la “*Gaudium et spes*” (n.37) expresará diciendo que para superar la “deplorable calamidad” introducida en el mundo por “el espíritu de vanidad y de malicia que transforma en instrumento de pecado la actividad humana ordenada al servicio de Dios y de los hombres”, la norma cristiana es que “hay que purificar toda humana actividad por la cruz y la resurrección de Cristo; pues todas están en diario peligro a causa de la soberbia y del desordenado amor propio”.

4.2. Lado afectivo: Configuración personal

Pero es verdad que se capta mucho mejor la potencia afectiva de aquella gracia recibida por Juan de Ávila en su prisión, si leemos la carta que por este tiempo (probablemente) escribió a sus amigos de Écija, comenzando con palabras de la segunda carta de san Pablo a los Corintios 1,3-5: “Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en toda nuestra tribulación de manera que podamos nosotros consolar a los que en toda angustia están; y esto por la consolación con la cual Dios nos consuela. Porque así como las tribulaciones de Cristo abundan en nosotros, así por Cristo es abundante nuestra consolación”.

Juan de Ávila continúa con su estilo ardiente, diciendo a sus amigos:

“¡Oh hermanos míos muy amados! Dios quiere abrir vuestros ojos para considerar cuántas mercedes nos hace en lo que el mundo piensa que son desfavores...cuán blandos, amorosos y dulces brazos nos tiene Dios abiertos para recibir a los heridos en la guerra por Él, que sin duda exceden sin comparación en placer a toda la hiel que los trabajos aquí pueden dar...Aunque

¹⁶ *Vida*, p.2ª. parr.6 f.49 r-v, en Ávila, *Obras* 2,12 nt 51.

no sé si digo bien en llamar trabajos a los de la cruz, porque a mí parece que son descansos en cama florida y llena de rosas”¹⁷.

En adelante para Ávila el sufrir por Cristo, no será sólo un conocimiento la ciencia del misterio de Cristo crucificado, sino la “librea de Cristo” de la que desea ardentemente ser revestido y así lo enseña en su doctrina de la perfección cristiana. Como escribía a sus discípulos de Écija.:

“¿Por qué quieres que sea pregonero tuyo y alférez que lleva la seña de tu Evangelio y no me vistes de pies a cabeza de tu librea..., no habiendo en ti cosa que no estuviese teñida con tu benditísima sangre...: la cabeza con espinas, la faz con bofetadas, las manos con un par de clavos, los pies con uno muy cruel para ti y para nosotros dulce, y lo demás del cuerpo con tantos azotes, que no sea cosa ligera de los contar. Quien mirando a Ti, amare a sí y no a Ti, gran injuria te hace. Quien viéndote tal, huyere de lo que a Ti lo conforma, que es el padecer, no debe perfectamente amar, pues no quiere ser a Ti semejable. Y quien tiene poco deseo del padecer por Ti, no conoce a Ti con perfecto amor”¹⁸.

Se siente asimilado hasta el fondo de su ser el eco de aquella expresión de san Pablo a los romanos: “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación? ¿Angustia? ¿Persecución? ¿Hambre? ¿Desnudez? ¿Peligro? ¿Espada? Según está escrito ‘que por tu causa somos mortificados todo el día, contados como ovejas destinadas al matadero’. Pero en todo esto vencemos soberanamente gracias a Aquél que nos amó. Porque estoy seguro que ni muerte ni vida, ni ángeles, ni principados, ni lo presente ni lo futuro, ni poderíos, ni altura ni profundidad, ni otra criatura alguna será capaz de apartarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rom 8,35-39).

5. La sistematización paulina de la nueva vida en Cristo

Pienso que san Juan de Ávila, basado en el influjo de la doctrina paulina ofrece la posibilidad de una sistematización teológica de la nueva vida en Cristo. Acabo de hablar de la carta de san Pablo a los Romanos, donde en el cap. 8 pudo encontrar san Juan de Ávila la base de su doctrina sobre el Espíritu Santo. Es el capítulo de las cartas paulinas más citado por él.

Ahí se expresa con claridad y en síntesis, que la nueva vida en Cristo, la vida espiritual comienza precisamente con el don del Espíritu Santo recibido en el bautismo (Rom 8,1-4). Desde entonces, el cristiano puede y debe vivir en Cristo, no según

¹⁷ Carta 58: *Obras* IV, 268-269.

¹⁸ *Id.*, 269-270.

la carne sino según el Espíritu, así se cumple en nosotros la justificación: que ya no caminamos según la carne, sino según el Espíritu (v. 3-5). El Espíritu nos dota de una sensibilidad nueva, para poder gustar lo que va de acuerdo con el Espíritu. De ahí proceden dos sabidurías contrarias entre sí: la de la carne, que es enemiga de Dios; y la del Espíritu, que vive para la justificación (v.7-11).

Viviendo según la carne se va a la muerte, mortificando las obras de la carne con la guía del Espíritu se camina en la vida (v. 12-13). Y una vida que dura para siempre, porque el Espíritu que habita en Jesús es el mismo que habita en nosotros, y como resucitó a Jesús de entre los muertos, también resucitará nuestros cuerpos mortales (v.11).

Es el Espíritu Santo el que nos hace hijos adoptivos, participantes de la naturaleza divina por adopción. Y como vida tiene su dinamismo propio: dinamismo que actúa en nuestra conciencia de hijos de Dios para llamar Padre a Dios con toda ternura, para guiarnos por esa nueva sabiduría y prudencia que es la suya, y nos conduce como hijos, a orar como hijos y a transformar nuestra conducta en una imagen de la de Cristo. Pues si somos hijos, también somos coherederos de Cristo, el Hijo de Dios por naturaleza; para que siguiéndole en la pena le sigamos también en la gloria. Así será Cristo en el plan divino, el primogénito de muchos hermanos (v.16-29).

Por eso para san Juan de Ávila se puede resumir la vida espiritual en oír y seguir la voz del Espíritu (“Aundi, filia, et vide et inclina aurem tuam”), porque ella nos transformará según las virtudes de Cristo, y en Cristo visto por el Padre en nosotros, como en su imagen viva, pone en Él todas sus complacencias (“et concupiscet Rex speciem tuam”). Así se cumple el Reino, que Cristo pondrá en las manos del Padre, una vez vencidas todas las resistencias del mundo, del demonio y de la carne (“et obliviscere domum tuam et domum patris tui”), y el último enemigo vencido será la muerte.

Y todo esto lo interpreta según el Concilio de Trento: es una obra que el hombre ha de realizar con la ayuda de la gracia, cuya iniciativa es divina. Una iniciativa que no destruye la libertad humana, sino que la suscita y la acompaña¹⁹. No es algo que se da sin la colaboración libre del hombre. Como dirá san Pablo en la 1Cor. 15,10: “Gratia Dei mecum”. Por la gracia de Dios es lo que es. La gracia de Dios no ha sido vana en él. Con esa ayuda puede afirmar que ha trabajado más que los otros. Por eso san Juan de Ávila como san Pablo emplea los imperativos en sus escritos y en su predicación a los fieles: “Oye”, “escucha”, “mira”, “olvida...”, “sábele tú llamar a este Consolador, procúralo agradar y tener contento; porque quien tal Huésped tiene, no se debe descuidar en nada, porque tan gran Huésped gran cuidado requiere”²⁰.

¹⁹ Denz-Schön, n. 1525.

²⁰ Sermón 30, n.16: del Domingo de Pentecostés”, en OC III, 368. Como dirá Pío XII en la encíclica “Mystici Corporis”: “Nadie puede negar realmente que el Espíritu Santo es la única fuente de la cual fluye a la

Con esa colaboración se desarrolla en el hombre la sensibilidad propia del hombre espiritual (el “sensus Christi”) de que hablará san Pablo en 1Cor. 2,12-16: nosotros recibimos el Espíritu de Dios para los dones de gracia que recibimos de Dios... El hombre animal no percibe las cosas que vienen de Espíritu de Dios, para él son una necesidad; no puede entender lo que hay que discernir espiritualmente, en cambio el hombre espiritual lo discierne todo... mas nosotros tenemos la mentalidad de Cristo (“sensus Christi”).

El mismo san Pablo, en su carta a los Rom. 12,1-2, expresa el camino por el que se llega a lo que en Hebr. 5,14 es considerado propio de los perfectos (“teleioon estiv”): el hábito adquirido por el ejercicio, sensibilidad (“nous”, “mens”) para discernir el bien y el mal. También san Juan de Ávila hace esta relación con la perfección cristiana²¹. Bien lo resume cuando dice:

“Este es el Huésped dulce que sana la llaga que la ausencia de Jesucristo hizo en los corazones de los discípulos... Los abraza debajo de su manto, y los hace entender que tienen Padre en el Cielo y que lo llaman osada y no soberbiamente *Padre* (cf. Rom 8,15). Renueva lo caído, alumbra lo oscuro, calienta lo frío, endereza lo tuerto, alienta lo cansado y, dando cada día nuevas fuerzas, hace volar hasta el monte de Dios”.²²

Según Ávila es el Espíritu quien “hace entender”, “alumbra lo oscuro”, “hace volar hasta el monte de Dios”.

En la fiesta de Pentecostés resumió en una frase los oficios del Espíritu Santo en el alma, llamándole el “Despertador”, el “Exhortador”, el “Consolador”, el “Enseñador (de) todo lo que hubiere de hacer. “Él te enseñará a regir y guiar tu nao, el hará que contra todos los vientos, con su solo consejo e industria llegues a puerto seguro”²³. Y cuando se pregunta quién ha cambiado los criterios de estima de la vida y de la realidad de los que abrazan la vida religiosa (y él había dirigido a muchos de sus discípulos a la vida religiosa), razona así:

“Dejan estos siervos de Jesucristo los placeres y va a buscar trabajos; van a hacerse esclavos, de libres; ¿es menester libros para esto?

Iglesia y a todos sus miembros toda fuerza sobrenatural... Y no obstante, el que los hombres perseveren constantemente en las obras de santidad, el que progresen en la gracia y en la virtud con ánimo decidido... el Espíritu celestial no quiere hacerlo, si esos mismos hombres no ponen lo que está de su parte con una diligencia activa y diaria...”, cf. DZ-Sch. 3817.

²¹ En la plática dirigida a los jesuitas de Montilla, OC I, 824, y su referencia es al pasaje de Hebr 6, inmediatamente después del pasaje antes citado por nosotros, en donde se continúa a tratar del mismo tema. Ávila atribuía a san Pablo la carta a los Hebreos. Pero podemos ver su relación con el Espíritu Santo guía de la vida espiritual también en otros contextos.

²² Carta a una señora: OC IV, 190.

²³ OC III, 358, n.17.

El Espíritu Santo lo muestra; enseñanza suya es: quieren huir lo de acá, por verse con Jesucristo; más quieren allí llorar y gemir que reír en el mundo. Esto no puede hacer la carne y la sangre, no tiene fuerza para ello; si no, rogásele a alguna dama; no lo hará... porque traimiento y gracia del Espíritu Santo es; y a Cristo los envía el Espíritu Santo”.²⁴

El Espíritu Santo guía al bautizado al cumplimiento de la voluntad del Padre, como fue a eso a lo que guió al alma de Cristo. Así hace de Él una imagen de Quien vino a este mundo, no a hacer su voluntad, sino la del Padre que lo envió (cf. Jn 6,38). Por eso san Juan de Ávila resume, en uno de los últimos capítulos de su “Audi, filia”, de este modo su enseñanza para saber encontrar la voluntad del Padre:

“Donde hay mandamiento y palabra de Dios o de su Iglesia, no tenéis más que inquirir, sino tened averiguado que aquello es voluntad del Señor. Y cuando esto no hay, habéis de tener por lo mismo lo que manda vuestro superior, si claramente no consta que manda contra la voluntad de Dios o de la Iglesia, o contra razón natural. Que pues san Pablo dice que, aunque el superior sea infiel, *le ha de obedecer el cristiano, no sólo por evitar el castigo, mas por la obligación de la conciencia* (Rom 13,5), ¿cuánto más será esto verdad en los superiores cristianos, de los cuales hemos de pensar que Dios les ayuda a mandar lo justo?

Y cuando todo esto faltare, tomaréis por voluntad del Señor el consejo que os diere persona de quien se debe tomar.

Y no penséis por esto que estáis sin necesidad de pedir la lumbre del Espíritu Santo, para acertar a agradar al Señor, porque nuestras necesidades son tantas y tan en particular, que sin este maestro, otro no basta: *y codiciará el Rey tu hermosura*”.²⁵

Pienso que tenemos para poder concluir que el itinerario lo podía encontrar en la carta de san Pablo Rom 12, 1-2, cuando ruega a los romanos que ofrezcan sus cuerpos como víctima viva, santa, agradable a Dios y que no estructuren su mentalidad según la propia de este mundo, sino que la transformen renovándola según la sensibilidad propia del hombre nuevo para poder discernir la voluntad de Dios, lo bueno, lo agradable a Él y lo perfecto.

²⁴ Id. 359, nn.19-20.

²⁵ Cap. 102 en OC I, 758-759.

6. Conclusión

No he pretendido en este trabajo sino presentar uno de los aspectos de los muchos en los que se puede encontrar el influjo paulino en san Juan de Ávila. Pienso que hasta ahora no se había examinado así detenidamente y que responde a los fundamentos del “Audi, filia”, obra nacida en aquel tiempo de su especial iluminación en Sevilla. Sólo que fue declarando más explícitamente y con la plasticidad de expresión propia de su predicación y de sus escritos su doctrina sobre el Espíritu Santo a lo largo de su vida: la guía del hombre al seguimiento de Cristo en el cumplimiento perfecto de la voluntad de Dios sobre él. El nuevo Doctor de la Iglesia universal ofrece al mundo de hoy una expresión propia y vivencial de la teología paulina.